

The illustration features a close-up of a woman's face from the nose up. She has long, wavy brown hair that flows around her head. She is wearing large, light-colored sunglasses. The lenses of the sunglasses are filled with a vibrant, abstract pattern of blue and green, resembling rippling water. Her lips are painted a bright orange. The background behind her hair is a solid blue color. The entire illustration is set against a solid orange background.

**Rachel
Kushner**

El lago de la
creación

AdN

Rachel Kushner

El lago de la creación

Traducido del inglés por Javier Calvo

AdN

Título original: *Creation Lake*

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de Colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2024 by Rachel Kushner

© De la traducción: Javier Calvo, 2025

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-19-4

Depósito legal: M. 12.003-2025

Printed in Spain

Para Jason

«¡Escondeos, si os gustan las bromas!
Y no os mováis de ahí,
pues se acerca la trucha
que hemos de pescar con cosquillas».

María, en *Noche de Reyes*
William Shakespeare

I
Los placeres de la soledad

Los neandertales eran propensos a la depresión, decía.

Según él, también eran propensos a las adicciones, sobre todo al tabaco.

Aunque era probable, explicaba, que aquellos nobles y misteriosos thales (como se refería a veces a los neandertales) extrajeran la nicotina de la planta del tabaco mediante métodos más toscos, como, por ejemplo, masticar las hojas, antes de aquel punto crítico de inflexión en la historia del mundo: el momento en que el *primer* hombre había prendido por *primera* vez fuego a la *primera* hoja de tabaco.

Tras leer aquella parte del correo electrónico de Bruno, dejando que la vista me saltara de «hombre» a «prendido», «fuego» y «tabaco», me imaginé a un motero de la década de los cincuenta con camiseta blanca y chaqueta de cuero negro que usaba una cerilla encendida para prenderse la punta de su Camel y le daba una calada. El motero estaba repanchingado en una pared —porque era eso lo que hacían los moteros: se repanchingaban y holgazaneaban— y por fin soltaba el humo.

En aquellos correos electrónicos que yo estaba leyendo en secreto, Bruno Lacombe le decía a Pascal que los neandertales tenían unos cerebros muy grandes. O por lo menos que sus cráneos eran muy grandes, y lo normal era suponer que aquellos cráneos estuvieran llenos de cerebro, decía Bruno.

Hablaba del tamaño impresionante de los cerebros de los thales usando metáforas modernas y los comparaba con motores de motocicletas, que también se medían por su cilindrada. De todas las especies parecidas al ser humano que caminaban bípedas, y que habían habitado la Tierra en el último millón de años, Bruno decía que la capacidad cerebral del neandertal *les sacaba mucha ventaja a las demás*, con sus espectaculares mil ochocientos centímetros cúbicos.

Yo me imaginaba a un rey de la carretera, sacando ventaja a todos.

Me imaginaba su chaleco de cuero, su panza oronda, las piernas extendidas, las botas de cuero apoyadas en los espaciosos y metalizados estribos de la parte delantera de la moto. La había modificado con unos manillares tan altos que apenas los podía alcanzar, y fingía que no le fatigaban los brazos y que no le provocaban unas punzadas tremendas de dolor en la región lumbar.

Sabemos por sus cráneos, decía Bruno, que los neandertales tenían unas caras enormes.

Me imaginé a Joan Crawford, aquella escala de cara: dramática, brutal, cautivadora.

Y a partir de entonces, en el museo de historia natural de mi mente, el que yo iba creando a medida que leía los correos de Bruno, con sus dioramas poblados por figuras con taparrabos, dientes amarillos y pelo apelmazado, todos aquellos individuos prehistóricos que describía Bruno —incluyendo a los hombres— pasaron a tener la cara de Joan Crawford.

Tenían su misma piel clara y su pelo rojo intenso. La propensión al pelo rojo, decía Bruno, se había identificado como rasgo genético de los thales, de acuerdo con los últimos avances científicos en el terreno del mapeo de genes. Y más allá de aquellos estudios, y de aquellas pruebas, decía Bruno, podíamos usar nuestra intuición natural para suponer que, como es

típico en los pelirrojos, los neandertales tenían unas emociones fuertes y agudas, que llegaban a lo más alto y a lo más hondo.

Más cosas que ahora sabíamos de los neandertales, le escribía Bruno a Pascal: se les daban bien las matemáticas. No les gustaban las multitudes. Tenían unos estómagos fuertes y no eran especialmente propensos a las úlceras, aunque su dieta a base de barbacoas constantes los perjudicaba igual que a cualquiera. Eran muy vulnerables a las caries y a las enfermedades de las encías. Y tenían las mandíbulas demasiado desarrolladas, maravillosas para masticar tendones y cartílagos pero ineficientes para las comidas más blandas, unas mandíbulas *que se pasaban tres pueblos*. Bruno describía con dramatismo aquel desarrollo excesivo de la mandíbula del neandertal, como si vivir con un mentón cuadrado fuera una carga. Hablaba de costes irre recuperables, como si el cuerpo fuera una inversión de capital, una inversión fija, y las partes corporales fueran máquinas remachadas al suelo de una fábrica, equipamiento que una vez comprado ya no se podía revender. La mandíbula del neandertal era un *coste irre recuperable*.

Pese a todo, los pesados huesos del thal y su constitución recia e ideal para conservar calor eran dignos de admiración, decía Bruno. Sobre todo cuando los comparabas con las extremidades de palillo del hombre moderno, el *Homo sapiens sapiens*. (Bruno no decía «palillo», pero como yo estaba traduciendo los correos electrónicos que él escribía en francés, echaba mano de todo el espectro expresivo del inglés, que es un idioma tremendamente superior y mi lengua natal).

Los thales sobrevivían muy bien al frío, contaba, aunque no a los eones, o eso decía el relato sobre ellos, un relato que *debíamos complicar*, según Bruno, si queríamos saber la verdad sobre el pasado remoto, si queríamos vislumbrar la verdad sobre *este* mundo y sobre cómo vivir en él, cómo ocupar el presente y adónde ir el día de mañana.

* * *

Mi día de mañana ya estaba exhaustivamente planeado. Me iba a encontrar con Pascal Balmy, líder de Le Moulin, a quien iban dirigidos aquellos correos electrónicos de Bruno Lacombe. Y no necesitaba la ayuda de los neandertales para decidir adónde ir: Pascal Balmy me había citado a la 1 p. m. en el Café de la Route de la plaza mayor del pueblecito de Vantôme, así que allí estaría.

En los informes que yo recibía, Bruno Lacombe figuraba como profesor y mentor de Pascal Balmy y del grupo Le Moulin, de manera que busqué referencias en los correos electrónicos a lo que habían hecho Pascal y su grupo y a lo que estaban planeando hacer.

Seis meses atrás, alguien había saboteado equipamiento de excavación en las obras de un gigantesco embalse industrial que se estaba construyendo cerca del pueblo de Tayssac, no muy lejos de Le Moulin. Cinco excavadoras enormes, cada una valorada en varios cientos de miles de euros, fueron quemadas al amparo de la noche. Se sospechó de Pascal y de su grupo, pero nunca aparecieron pruebas.

Los correos electrónicos de Bruno a Pascal cubrían mucho terreno, pero yo no había encontrado nada incriminador más allá de la afirmación de Bruno de que el agua pertenece a la capa freática, y no a los tanques industriales. Bruno se lamentaba de que el Estado hubiera decidido que era buena idea extraer agua con bombas de las cuevas, lagos y ríos subterráneos y retenerla en enormes «megaembalses» con el fondo recubierto de plástico, donde absorbería toxinas filtradas y se evaporaría bajo el sol. Era una idea trágica, decía, dotada de un poder destructivo que quizás solo podría entender alguien que se hubiera pasado un tiempo considerable bajo tierra. El

agua, decía Bruno, ya estaba retenida, en las ingeniosas instalaciones de filtración y almacenaje que tenía la naturaleza en el seno de la tierra.

Yo sabía que Bruno Lacombe estaba en contra de la civilización, que era un «anticivi», en la jerga de los activistas. Y que el departamento rural del sudoeste de Francia que era la Guyena —incluyendo aquel recodo remoto al que yo acababa de llegar— era conocido por sus cuevas, que albergaban evidencias de los primeros seres humanos. Sin embargo, había dado por sentado que era Bruno quien guiaba las estrategias de Pascal para detener los proyectos industriales de la zona. No se me había ocurrido que aquel mentor de Pascal pudiera tener una fe fanática en una especie fallida.

Podemos estar todos de acuerdo, decía Bruno, en que fue el *Homo sapiens* el que guio a la humanidad de cabeza a la agricultura, el dinero y la industria. Pero sigue sin resolverse el misterio de lo que les pasó al neandertal y a su vida más humilde. Es posible que los humanos y los neandertales se solaparan durante unos diez mil años largos, escribía Bruno, pero nadie entendía todavía si ambas especies habían interactuado ni tampoco cómo. Si, por ejemplo, se conocían pero guardaban las distancias. O bien si había tan poca gente en Europa durante la era de su solapamiento que, separados por agrestes e infranqueables regiones boscosas y montañas y ríos y nieve, no se habían enterado de que el otro estaba allí. Sin embargo, decía Bruno, los genetistas han establecido que se mezclaron y que tuvieron descendencia juntos, lo cual indicaba con seguridad que sabían que el otro «estaba allí». ¿Eran aquellas uniones fruto del amor? ¿O bien eran violaciones, saqueos de guerra? No lo sabremos nunca, decía Bruno.

Al principio me preguntaba si aquellos correos electrónicos sobre el neandertal eran una broma, como si Bruno los hubiera plantado allí para despistar a quien obtuviera acceso

a su cuenta y distraerlo de su verdadera correspondencia con Pascal y los moulinards. Cubrían mucho terreno, pero no decían nada de sabotaje y no paraban de volver una y otra vez al neandertal, una especie que, reconozcámoslo, no supo salir adelante, o todavía estaría aquí. Se habían esfumado hacía miles de años y nadie parecía saber por qué, y tampoco había aparecido ningún neandertal para explicárnoslo.

Bruno se resistía a aceptar que el *Homo sapiens* fuera simplemente más inteligente y adaptable, más fuerte e infatigable que el neandertal. Hasta tal punto trataba a las dos especies como oponentes que empecé a verlas ya no dentro de un diorama, sino en la Ultimate Fighting Championship, donde el *Homo sapiens* era un luchador que, de forma gradual, o bien de golpe, protagonizaba una deslumbrante racha de victorias en el ring.

Era tentador imaginarse al neandertal como un competidor débil, decía Bruno, que era aplastado por el *Homo sapiens* (parecía que hubiera accedido a mi imagen mental de ambas especies enfrentadas en la UFC), pero se trataba de una forma chapucera de solucionar el misterio, decía.

Si se había producido una guerra entre ellos, había sido una guerra blanda, una competencia por los recursos, lenta e implacable. Los neandertales eran cazadores hábiles, pero a medida que Europa se calentaba, los estándares de excelencia cambiaron. Desapareció el hielo y se hizo necesario un estilo distinto de cuerpo, más liviano y hecho para resistir, junto con nuevos métodos de rastreo, que requerían grupos grandes y coordinados y armas y herramientas distintas. Mientras que los neandertales arriesgaban valerosamente su vida con lanzas de alcance corto, los *Homo sapiens* optaron por jabalinas de alcance largo. Matar desde lejos requería menor valentía. Significaba matar sin enzarzarse en un compromiso íntimo con el peligro mortal, sin entrar en contacto con la sangre y las vísceras, cosa

que sí requerían las armas de los thales. Sin embargo, admitía Bruno, el concepto de una lanza impulsada por el aire mismo, una estrategia mucho más clínica para acertar a la presa, era seguramente el método óptimo. Otra ventaja habría sido el cuerpo más liviano del *Homo sapiens*, que requería menos alimento. Y el *Homo sapiens* —o, mejor dicho, la *Homo sapiens*— se propagaba más deprisa. No con mucha diferencia. Se sospechaba que la hembra del *Homo sapiens* producía unas cifras ligeramente superiores de descendientes que la hembra del thal. Después de periodos largos, sin embargo, de miles de años, aquellas cifras se acumularían para generar unas diferencias de población enormes.

Pese a todo, mucha gente tenía vestigios de neandertal, decía: un dos por ciento, un cuatro por ciento. Era una proporción asombrosa de vida antigua, puesto que hacía más de cuarenta mil años que no existían comunidades vivas de neandertales que hubieran contribuido al patrimonio genético. Era como si nuestros cromosomas se aferraran a aquella antigua proporción, decía, como si fuera un recordatorio preciado, una herencia de familia, el vestigio de una persona albergada en nuestro interior que hubiera conocido nuestro mundo antes de la caída, antes de que la humanidad colapsara en forma de sociedad cruel basada en las clases y la dominación.

Hay quien quizás dirá: «Dos por ciento de thal, cuatro por ciento de thal, bah, no es mucho, un simple error de redondeo. Nos deja un noventa y ocho por ciento aplastante de *sapiens*».

Pues sí, escribió Bruno. Echemos un vistazo a ese porcentaje mayoritario. No hemos de negar que estamos *ocupados* por el *Homo sapiens* y que también somos, nos guste o no, *sapiens*, una figura que, hemos de estar de acuerdo, ha entrado en crisis. Un hombre cuya pulsión de muerte viaja *en el asiento del copiloto*.

El *Homo sapiens* necesita ayuda. Pero no la quiere.

Hemos soportado un largo siglo xx, con sus derrotas, fracasos y contrarrevoluciones. Ahora que ha transcurrido más de una década del xxi, es hora de transformar nuestras conciencias, decía Bruno. No mediante ismos. No mediante dogmas, sino invocando los secretos más místicos que hemos mantenido hasta ahora: los que se refieren a nuestro pasado.

El psicoanalista busca indicios de represión, de lo que un paciente les ha escondido a los demás y, todavía más importante, se ha escondido a sí mismo. La represión más profunda de todas es la historia de quienes vinieron primero, antes que nosotros, mucho antes de que hubiera nada escrito. Debemos desvelar lo que pueden significar esas vidas antiguas para nosotros y para nuestro futuro.

No, no soy un primitivista, decía Bruno, como si estuviera respondiendo apresuradamente a una acusación.

Miro hacia delante, decía; si alguna vez hablo de historia antigua, es siempre en relación con lo que está por venir.

Levantad la vista, ordenaba en aquel correo electrónico a Pascal Balmy y al grupo.

El techo del mundo está abierto.

Contemos estrellas y vivamos en su mirada luminosa.

Es decir, en el pasado remoto de esas estrellas, que es nuestro futuro, resplandeciente como Polaris.